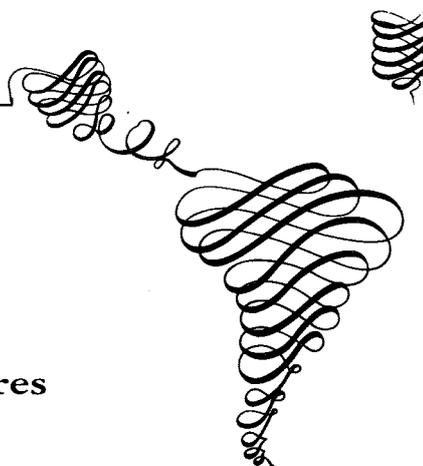


CON ACENTO



1. Así somos los hombres

La tecnología dominante nos tenía acostumbrados a permanecer en este mundo con casi absoluta seguridad. Sustituidos los antropólogos por los tecnólogos, estábamos convencidos de que las ideas estaban siendo sustituidas por las máquinas, mucho más dominantes y seguras. Nada de abstracciones. Todo era fenoménico, constatable, material. Los aviones surcaban los cielos como si tal cosa. Y los humanos aparcábamos en el espacio exterior cual huéspedes de unas naves peliculeras y surrealistas. Nos llenaba de alegría haber conquistado un status de serenidad formal toda vez que lo fontal hubiera caído en desuso. Qué felicidad.

Pero un día cualquiera, las Torres Gemelas se derrumbaron como consecuencia del impacto de dos aviones/máquinas, como también se quedó un tanto destrozado el lugar más seguro de la tierra, el enorme Pentágono yanqui, también tras el impacto de otro avión/máquina. Y mediante técnicas maravillosas, un grupo de terroristas fueron capaces de meterse en varios aviones comerciales como pasajeros normales, hombres entre los hombres. Una tremenda ciudad llamada Nueva York, parámetro de la tecnología dominante, quedó herida para siempre y el mundo entero resultó sobrecogido en el mismo corazón de su *seguridad tecnológica*. ¿De qué servía el imperio de lo material casi pensante, a manera de androide conseguido por fin, si acababa por destruirse a sí mismos y a todos nosotros? ¿Qué podía suceder si cualquier humano era capaz de instrumentar el colmo de la tecnología para matar, para eliminar y para incinerar a otros humanos?

La verdad es que solamente ha sucedido una cosa, sencilla en su elementalidad: los seres humanos acabamos de recordar y recuperar el pensamiento antropológico, la inclinación sobre el hombre, el punto de vista humano. El mundo entero lo estamos contemplando, de nuevo, con categorías humanas: el dolor, la compasión y la ira, pasiones humanas donde las

haya, vuelven a surcar los medios de comunicación, más aquí y más allá de todo deslumbramiento de naturaleza tecnológica. De nuevo, nos sabemos inseguros, más que nunca. Y solamente cuando el ser humano se reconoce inseguro, descubre su propia condición de radical indigencia.

Excelente momento para reconducirnos a la humildad. Es decir, a la verdadera verdad.

Dennis Hopper

2. De pronto, el Islam

Parece mentira el llamativo interés con que nos estamos tomando todo lo relacionado con el Islam y sus diferentes interpretaciones religiosas, sociológicas y políticas. Durante largas décadas, sobre todo a raíz de los problemas inmigratorios, hemos contemplado el universo musulmán como una realidad secundaria, hasta casi anecdótica, puesto que la noticia que teníamos del mismo estaba unida a cadáveres en el Estrecho, a rostros angustiados ante la Policía Nacional, y también a seres humanos que deambulan en nuestras ciudades casi pidiendo permiso pero, a la vez, levantando mezquitas y practicando su credo de manera insistente e imperturbable. Ahora, de pronto, todo ha cambiado. Y hemos comenzado a mirar a los creyentes del Islam como personas amenazantes, peligrosas y sumergidas en nuestras mismas estructuras de vida ciudadana, cual topos de un gran plan contra nuestro sistema occidental y democrático.

Ha sucedido ni más ni menos que, de forma absolutamente inesperada, el 11 del reciente septiembre un grupo de terroristas fanáticos islamistas atacaron suelo norteamericano, destrozando todas las conceptualizaciones que habíamos hecho del ser y del estar musulmán. Unos personajes perfectamente insertos entre nosotros, hacían cisco el sueño americano y de paso el europeo. Y aunque se insiste en que el terrorismo fundamentalista está restringido a una pequeña parte del Islam, incluso como un derivado despreciable, comienza a extenderse la concepción de que en todo musulmán existe un terrorista en ciernes. La gente lo siente y les mira con recelo. Si bien preferamos no comentarlo.

Así, está comenzando un nuevo momento en la historia cultural del mundo en este siglo XXI que acabamos de estrenar. A los bloques de la guerra fría, sucedió la confrontación entre Norte y Sur, pero sin avisar, el planeta se ha visto dividido entre un sector creyente musulmán y otro que, desde

siempre, tuvo raíces cristianas en el occidente desarrollado. No es que se pretendiera tal división. Y sin embargo, los mismos acontecimientos están provocando algo tan peligroso por amplio y profundo. En la vida y en la historia humana, las situaciones verdaderamente alternativas siempre se han producido un tanto inesperadamente, aunque, al estudiarlas, nunca han dejado de descubrirse motivaciones que se incoaban durante largo tiempo. Es lo que nos está sucediendo.

Ya no valdrá en el futuro mirar como mirábamos a los musulmanes, por desgraciados que resulten en este momento de la historia humana entre nosotros. Son una fuerza poderosa y en aumento. Creen de verdad en lo que creen. Su religión es sencilla pero estrictamente milimetrada. Y sobre todo, tienen una concepción de la relación vida/muerte muy diferente a la nuestra, aunque tal vez muy semejante a la que condujo a los cruzados hasta Jerusalén... Dicho de otra manera, que cuantitativa y cualitativamente, el resto de la humanidad, sobre todo la de raíz cristiana, deberá acostumbrarse a contar con estas personas a las que hasta ahora mirábamos de soslayo. Y esta derivación de la mirada es capaz de inaugurar una época completamente nueva para la humanidad.

En nuestras manos está que el descubrimiento un tanto abrupto del Islam, no acabe en una objetiva confrontación de culturas y de religiones, como podría suceder muy bien si *la coalición* promovida por el Presidente Bush se pasa de rosca en Asia Central, acabando por confundir en la práctica terrorismo con islamismo. Será preciso mucho tacto militar, mucha inteligencia diplomática, pero sobre todo, mucha sensibilidad cultural y religiosa, para que el Islam nos comprenda y no se sienta atacado en su mismo corazón. Las consecuencias serían gravísimas. Mucho más grave que las Torres destrozadas y el Pentágono herido. Parece mentira, pero es verdad: cuando no lo esperábamos y contemplábamos el conflicto árabe/israelí con rutina, el Islam, aunque sea bajo apariencia deleznable por terrorismo, apareció ante nosotros. Y ya nunca podremos vivir de espaldas a él.

P. de P.

3. Afirmaciones y exposiciones

Cuando aún sonaban en el aire determinadas afirmaciones del Presidente del gobierno acerca de la educación universitaria que destemplaban el ambiente, más por la forma que por el fondo, se cortaba la cinta en la

Biblioteca Nacional de una exposición sobre la Educación en España en el siglo XX que clausura los actos conmemorativos del centenario de la creación del Ministerio. La exposición además de hacer patente el gran salto que se ha dado en este siglo en la educación española manifiesta la riqueza singular del conjunto de grupos sociales que han intervenido e intervienen en la educación española. Las paredes de la Biblioteca Nacional, gracias al Ministerio, sirven para cobijar estos días en armonía algo que durante el pasado siglo no siempre ha sido armónico, las relaciones entre la educación pública y la educación privada, entre la educación laica y la educación confesional...

Aplaudimos los deseos de los organizadores que, según ellos mismos, han pretendido más que una yuxtaposición ordenada de objetos la recreación de una atmósfera determinada. Por eso aplaudiríamos también una política educativa que integrando estas intenciones estableciera objetivos similares para todo aquello que se hace fuera de los tutelares muros de la Biblioteca Nacional. Una política que se empeñara en recrear esa atmósfera determinada capaz de volver a establecer un cierto equilibrio en las relaciones entre los distintos grupos sociales que intervienen en la educación.

No hay duda de que las reformas educativas que está estableciendo ahora y tiene que liderar después el Ministerio tienen más posibilidades de enraizar en la vida social española si están basadas en un cierto clima nacido del consenso y no de la crispación. Y no hay duda de que determinadas manifestaciones de nuestros gobernantes contribuyen poco a crear ese clima de armonía. ¿Cuándo va a llegar el tiempo en el que los políticos sean capaces de propiciar el reencuentro de los españoles en torno a la educación?

Teófilo Urueña